

MISION DE LA COMPANIA DE JESUS EN CENTROAMERICA

La provincia jesuítica de Centroamérica atiende a las seis naciones que ocupan el istmo centroamericano: Guatemala con ocho millones y medio de habitantes, El Salvador con cinco, Honduras con cuatro, Nicaragua con tres, Costa Rica con dos millones y medio y Panamá con dos para un total aproximado de veinticinco millones.

La situación socio-económica de cada uno de los países es diferente. Panamá y Costa Rica tienen un ingreso per capita que puede situarse en torno a los mil quinientos dólares, que si estuvieran bien repartidos, caso que no es el de Panamá sobre todo, puede considerarse suficiente para llevar una vida humana. En cambio en el resto de países donde vive la mayor parte de la población, el ingreso anual per capita viene a ser la mitad del de Costa Rica y Panamá, y además viene descendiendo en los últimos años. Esto hace que, sobre todo si se considera la extrema desigualdad en la distribución de ese ingreso y en el acceso a los recursos nacionales, que pueda decirse sin exageración alguna que ese conjunto de países constituya un verdadero reino de la injusticia. Fuentes de las Naciones Unidas (CEPAL) estimaban para 1980 que el 40.3% de la población (56.7 en Honduras y 50.6 en El Salvador) vivía en extrema pobreza, definida ésta como aquella situación en que el ingreso familiar no cubre el costo de la canasta básica de alimentos. A esto hay que añadir un 22.5 % cuyo ingreso familiar tiene resuelto el problema del hambre pero no alcanza a satisfacer las necesidades básicas de vivienda, salud y educación. Lo cual hace que el 62.8 % viva en condiciones básicamente inhumanas (71.1% en Guatemala, 66.2 en Honduras, 60.1 en El Salvador, 61.5 en Nicaragua y 53.9 en Panamá; en Costa Rica el 24.8). Es una situación a la que, si se añade la alta cuota de represión empleada para ~~sostener~~ sostener esta situación de secular injusticia estructural, debe calificarse como absolutamente pecaminosa e intolerable, cuyo clamor sube hasta el cielo y resuena en el corazón de los cristianos. Así se comprende que para la Compañía de Je-



sús esa realidad reclame una vigorosa lucha en la promoción de la justicia, tarea enormemente dificultada tanto por las clases dominantes como por algunas de las políticas norteamericanas en el área.

Otra característica fundamental de estos pueblos es la fe cristiana como elemento determinante de su comprensión y valoración del mundo. Hasta hace pocos años esta fe se mantenía sin relación activa con las exigencias de la justicia y de la propia liberación, pero cada vez más ha madurado y se relaciona con los procesos liberadores. Una verdadera iglesia de los pobres surge cada vez con mayor vigor pues los pobres van tomando conciencia de que son el sujeto mayoritario y preferencial en la iglesia, en la que deben ejercer su vocación transformadora y anuladora de la injusticia, vista como el pecado histórico de nuestra sociedad.

A la Compañía de Jesús se le presenta en consecuencia el gran desafío de cómo evangelizar en un mundo de pecado, que es sobre todo el pecado histórico de la injusticia y de cómo promover la justicia desde el enorme caudal que supone la iglesia de los pobres en proceso de crecimiento y maduración. Esta confluencia de fe y justicia desde los pobres implica un constante redescubrimiento y una permanente renovación de la fe cristiana, que lleva consigo un relanzamiento hacia tareas urgentes y necesarias por mucho que aparezcan hoy como utópicas. Estas tareas pueden resumirse en la construcción de una nueva sociedad configurada por los valores de la fe cristiana, tal como éstos son redescubiertos desde el mundo de los pobres y desde la interpelación de nuestra realidad.

Los desafíos concretos son diferentes en cada país. Guatemala tiene el enorme problema social y étnico que constituye la situación de su mayoría indígena secularmente abandonada cuando no pisoteada, pero años de represión y de persecución han debilitado la capacidad de la iglesia y de la Compañía para afrontarla



debidamente de momento, aunque sigue siendo uno de los desafíos mayores. En Honduras los jesuitas se han orientado más a acompañar a los pobres desde una acción predominantemente pastoralista y parroquial, lo cual es tanto más comprensible cuanto que en ese país no ha surgido todavía con fuerza un movimiento revolucionario, aunque tampoco haya sido tan cruel el proceso de represión. En El Salvador los jesuitas llevan desde hace quince años sin interrupción y con grandes sacrificios y riesgos comprometiéndose en promover la acción de la justicia desde una clara inspiración cristiana, de modo que ambos aspectos se complementan y se potencian mutuamente, sufriendo por ello una fuerte persecución como el resto de la iglesia comprometida, cuyo máximo exponente es Monseñor Romero; este trabajo se realiza sobre todo desde instituciones educativas, lo cual no deja de ser una novedad en las prácticas habituales de la Compañía. Nicaragua representa también una frontera para los jesuitas, pues en ese país se da el caso de una revolución triunfante, en la que tomaron parte marxistas y cristianos y en donde se da la posibilidad de constituir un tipo nuevo de sociedad en la que se da efectivamente una opción preferencial por los pobres desde un socialismo abierto y de rostro humano en el que la fe cristiana tendría que ser uno de sus elementos importantes.

Todas estas tareas ingentes no se pueden llevar a cabo, ni siquiera pueden ser entendidas en su dificultad sin hacer referencia a la acción norteamericana en el área. Estados Unidos tienen una gran responsabilidad histórica en lo que ha ocurrido a Centroamérica en lo económico y en lo político. Basta recordar el apoyo indiscriminado prestado durante decenios al régimen somocista, el derrocamiento de Arbenz en Guatemala o la presencia de las bananeras en Honduras. Estados Unidos ha permitido, cuando no promovido, que casi en su propia frontera se apiñen países de los más pobres de la tierra y en los que la violación de los derechos humanos es grave, sistemática y permanente. En la actualidad, mientras fa-



vorece algunos aspectos de democratización en Honduras, Guatemala y El Salvador, está sobre todo impulsando soluciones, uno de cuyos elementos esenciales es la violencia armada mediante el envío de cientos de millones de dólares para el desarrollo de la guerra en Centroamérica. La administración Reagan sigue confiando sobre todo en las armas para llevar adelante sus proyectos y sólo en El Salvador invierte un millón de dólares diarios para la guerra. Se da en este campo una gran confluencia entre la labor apostólica de los jesuitas norteamericanos y de los centroamericanos. El lograr que Estados Unidos no abuse de su poder, no confunda su derecho a la propia seguridad con la pretensión de una hegemonía imperialista; el lograr positivamente que favorezca la liberación de las mayorías populares, sería un gran bien para nuestros pueblos y para los propósitos de la misión de la Compañía de Jesús en Centroamérica. Convertir los procesos de muerte en procesos de vida desde la inspiración cristiana que demanda una opción preferencial por los pobres puede ser una tarea conjunta de jesuitas centroamericanos y norteamericanos que renovarían la fe y la evangelización de unos y de otros.

